

Elecciones desleídas

MANUEL MONTERO

Los socialistas han asumido su salida del poder. Han consumido más en las peleas por quién va en un puesto de salir que en ganar las elecciones. El candidato que se ve presidente no dice nada, no sea que pierda votos por hablar

La crisis lo inunda todo, pero esta campaña electoral ni siquiera gira a su alrededor. No gira en torno a nada. Las dos fuerzas que compiten por el poder –las demás lo hacen por un sitio bajo el sol o por verse mandamás de su barrio– siguen sus propios derroteros, desconectados entre sí. Coinciden en que harán lo posible por arreglar las cosas, pero lo dicen sin mucho convencimiento. Por lo demás cada uno sigue su camino. Nos largan soliloquios. El debate está sofocado por dos circunstancias: desde el primer momento se da por sabido el resultado; y no está el horno para bollos.

Lo primero: estas elecciones recuerdan a las de 1982 –la prehistoria– en que todo el mundo descuenta el derrumbamiento del partido gobernante. No había vuelto a darse este estado de conciencia, ni siquiera en 1996, mucho menos en 2004, las otras dos veces en que se ha producido la alternancia.

Confirma esta percepción la rotundidad con que los socialistas han asumido su salida del poder. Sólo muy de vez en cuando dicen que lo importante no son las encuestas, sino los votos, un clásico en la política española. Han consumido más en las peleas por quién va en un puesto de salir que en ganar las elecciones. Y han considerado «puesto seguro» –el botín por el que luchar contra los suyos– un número muy restringido, por debajo del que sugieren las encuestas. Ningún supermán socialista se ha pedido el último diputado de 2008, para demostrar confianza y su compromiso de luchar hasta el final. Son gente experimentada, saben que con las cosas de comer no se juega. Y así Rubalcaba parece condenado a hacer la campaña él sólo. Quizás lo prefiera: cuando por un casual un compañero le echa una mano da la impresión de que le va hacia cuello; alguno habla ya de qué hacer después, si hay cataclismo.

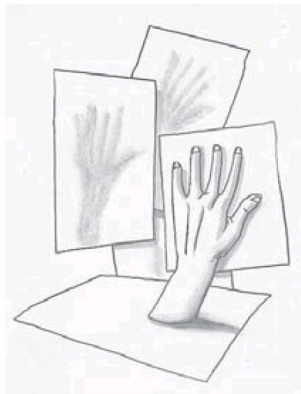
A este candidato la campaña se le estará haciendo como pasear a la pata coja por el filo de la navaja. Tiene que decir cosas, pues si vas perdiendo no puedes quedarte a la defensiva. Le toca presentarse como la alternativa al caos, pero lo ha de hacer: a) sin renegar de la política que ha seguido el Gobierno, aunque la gente le haya cogido ojeriza; b) sin despotricar de las medidas gubernamentales en la fase terminal, pues los ministros son gente susceptible que se ofende a la menor y le mandan rectificar; c) sin renegar de ZP, antes bien alabándole, pese a que se haya convertido en una especie de zombi político que, para redondear la faena, aprovecha cualquier ocasión para hacer un exordio de sí mismo. Encima, el adversario se le escabulle, atento a no ofrecer el mentón. Rubalcaba está en una misión imposible. Para más inri, el equipo de asesores los ha debido de encontrar en el camarote de saldos del partido. Serán novatos y ciclotímicos. Ni centran el mensaje, ni el nombre electoral del candidato ni el color de la campaña. A perro flaco todo son pulgas.

Todos de acuerdo en quién vencerá, la asimetría condiciona la campaña. El candidato que se ve presidente procura no decir nada, no sea que pierda votos por hablar. Como mucho, explica cómo va a gobernar –y será comprensivo, humano y eficaz, un pincel de presidente–, no qué hará en el trance.

El otro problema en el planteamiento de estas elecciones reside en la convicción general de que las cosas están realmente mal y de que luego no habrá lugar para alegrías, expectativa que sobrecoge al político nacional, más dado a verse rey mago que gobernante. Por eso los candidatos no pueden acudir al recurso habitual de la política española, que suele basarse en explicar las utopías propias (un mundo sin impuestos frente a subvenciones sociales sin límites). Nuestra política no está acostumbrada a tratar de la realidad, sino a plantear al electorado un dilema moral, basado en la radical oposición del bien (nosotros) y del mal (los otros). Como en época de tribulaciones no cuela tal maniqueísmo, la campaña se desliza hacia cuestiones colaterales o a expresiones del tipo «un político, un sueldo», para estupor de la ciudadanía, que lo comparte, pero que, hasta donde tiene memoria, jamás ha votado para que los políticos se den más de un sueldo.

En el fondo, una razón explica la parquedad de los argumentos electorales o que se haga mutis sin más. No hay grandes disensiones sobre la política con la que abordar la crisis, ni puede haberlas, pues la diseña la UE y si alguno se despista le llaman Sarkozy o Merkel y ni rechistar. Así que pueden discutir sobre sus sensibilidades sociales o sobre si todo se debe a la maldita herencia que recibió el PSOE en 2004 y le saltó en 2008 o si el desastre lo pergeñaron en medio, pero no dejan de ser discusiones académicas. Por eso el debate electoral resulta desleído. Unos aseguran que sus recortes son los buenos y fatales los de las autonomías enemigas. Los otros al revés. El ciudadano se malicia que al final le aplicarán los recortes de los unos y los otros. También comparten las acusaciones de derroche y hablan de acabar con la corrupción: sólo faltaba lo contrario. Vienen a ser propuestas para que los políticos se metan en vereda a sí mismos, en lo que está de acuerdo la ciudadanía, pero tampoco ha tenido vela en este entierro.

Y poco más. El cambio de poder se producirá desde la opacidad argumental. Va con el signo de los tiempos: sabemos que el siguiente gobierno se dedicará a hablar de la maldita herencia y a apretarnos más el cinturón, recortándonos. No elegimos sobre qué ajustes tendremos –al parecer, no hay mucho donde elegir–, sino quién nos lo hará, cuestión apasionante sólo para los aspirantes a recortadores, no para quienes los sufren.



JOSE IBARROLA